

El drama social de los incendios

La legislatura del flamante gobierno de Canarias se abre con otro drama para la Isla Bonita, que parece haberla mirado un tuerto.

No sirve de nada revolcarse en el fango, ni viene a cuento comparar las heridas del volcán con las del incendio, aun cuando sus efectos resulten comparables. El volcán es fruto de un fenómeno natural inevitable; el incendio deriva de causas sinantrópicas accidentales o provocadas directa o indirectamente por la acción humana. El primero se cebó con los hábitats antropizados (agrícolas y urbanos); el segundo afecta en mayor grado a los naturales, aunque no es baladí los daños para el agroecosistema.

La posibilidad de evitar un volcán es nula; la de prevenir los incendios es relativa según los casos, y casi siempre se presta a matices e interpretaciones personales, cuando se trata de hablar de su posible origen, de sus consecuencias ambientales y de medios y métodos utilizados para su prevención, control y extinción.

Buscar las causas de los reiterados incendios que afectan a Canarias, al resto de España y, globalmente, al mundo, exige un análisis sociológico, técnico y político, que va más allá de las declaraciones coyunturales, cargadas de obviedades, que casi nunca entran en el fondo de la cuestión, porque disfrazan la verdad o el fondo de los problemas con opiniones o valoraciones "políticamente correctas".

Opiniones a menudo emitidas por políticos que rozan la ignorancia sobre el tema que hablan, entre otras cosas porque resulta ajeno a sus competencias profesionales. Cobran un protagonismo que compete a los técnicos en la materia, a los que ignoran o silencian intencionadamente por temor a que sus opiniones los lleve a perder apoyo popular. La mayoría piensa, o eso parece, que los votos además de otorgarles poderes plenipotenciarios les convierte en seres omniscientes.

El incendio que afecta estas fechas a los montes de La Palma, por ser el primero que este verano alcanza notable envergadura en las islas, nos refresca la memoria y refleja fielmente lo que acabamos de expresar y pone de manifiesto el populismo político y mediático que disfraza el verdadero drama social y ambiental que está detrás de los incendios que se inician en ambientes urbanos o rurales y acaban masacrando nuestros montes y espacios naturales.

Desde una perspectiva biológica es obvio que los incendios son una catástrofe para la rica y frágil biodiversidad insular, abocada a la desertización natural y a la desertificación antrópica por sobrecarga poblacional residencial y turística, con la consiguiente proliferación de urbanizaciones y demanda de infraestructuras. Las islas son minicontinentes que no pueden soportar ciudades y obras de dimensiones continentales. O lo asumimos o estamos abocados al colapso. No se puede manifestar preocupación por la turismofobia que ya se percibe en las islas más turísticas, a la par que se sigue apostando por nuevos complejos turísticos e infraestructuras desmesuradas, como el Circuito del Motor en Tenerife, que dilapidan suelo y estimulan la llamada de más visitantes.

No nos engañemos, un pinar no está conformado sólo por pinos, que por su eficaz naturaleza soportan con notable capacidad de regeneración los incendios, aunque los grupos de riesgo (jóvenes y viejos) no siempre los superan. Detrás de la aparente homogeneidad del pinar hay una diversidad florística, faunística, micológica, microbiológica, que se resiente y sufre efectos irreversibles. Los incendios, además, queman el mantillo, promueven la erosión de los suelos,

aumentan la escorrentía superficial y disminuyen la capacidad de recarga de los acuíferos subterráneos.

Desde el punto de vista social, los incendios exigen un análisis reflexivo de las causas que los provocan y el por qué cada vez son más frecuentes. Personalmente pienso que es ahí donde está el verdadero problema, que si no se reconoce y se asume como prioritaria la tarea de remediarlo, resulta imposible encontrarle solución.

El binomio del aumento poblacional por un lado y del alejamiento de la cultura rural por otro, genera el choque de la población urbanita con el medio extraño al que se incorpora. En otras palabras, la “ciudad” se acerca al monte y el “monte” se confunde con la ciudad, produciéndose un fatal desencuentro, del que saltan las chispas, accidentales o no, que desencadenan la tragedia. La mayoría de los incendios forestales surgen en ese interfaz urbano forestal y son potenciados por los efectos del abandono del sector primario (agricultura y ganadería) de la “España vaciada”.

Si a ello se suma la degradación de los estamentos forestales, con una cada vez más mermada guardería y unos servicios ambientales burocratizados y acomodados, que ignoran el desbroce y limpieza de los márgenes de carreteras y pistas forestales, no resulta fácil encontrar motivos para el optimismo.

La promoción de cuerpos especializados como la UME y la incorporación de medios tecnológicos modernos como helicópteros e hidroaviones, no cabe duda de que contribuyen a afrontar con mayor eficacia el control de los incendios. Pero nuestro verdadero reto es estimular la responsabilidad de las instituciones, mediante una política territorial adecuada (la mayoría de los municipios son incapaces de aprobar sus planes generales), a la par que fomentar la educación y endurecer las pertinentes medidas legales coercitivas.

Pedro Luis Pérez de Paz
Catedrático de Botánica
www.pedroluisperezdepaz.es